



PURI GUTIERREZ

Hace unos cuantos años, cuando yo me vine a Madrid, en las familias obreras como la mía, no distinguíamos demasiado el significado de «Universidad», «Facultades», incluso hasta el «Bachillerato» era un tanto desconocido... Hoy, la mayoría de los niños lo estudian y sus padres saben lo que significa la enseñanza media y la superior. Y la ilusión de la mayoría de estos progenitores es que sus hijos estudien una carrera. Pero, ¿qué perspectivas se presentan en Guipúzcoa a quien desea estudiar?

Si observamos el ambiente nos damos cuenta en seguida de que existe como una falta de equilibrio. Los guipuzcoanos, en general, muestran ser personas cultas, enteradas, capaces. Todo el mundo lee, tiene una educación, sabe presentarse. Tal vez esa cultura, esa seguridad, viene de unos conocimientos técnicos que en el taller, en la fábrica, se han ad-

quirido a fuerza de interés, responsabilidad y dedicación. Porque hay bastantes especialistas en nuestra tierra, no faltan los técnicos..., pero en cuanto a conocimientos científicos no podemos decir lo mismo. Pocos son los que estudian en comparación al «clima» cultural de Guipúzcoa. Nos falta una Universidad que atraiga tantas vocaciones frustradas. ¡Ojalá OARSO sea como un grito convincente que ponga unos cuantos dedos al tiempo en la misma llaga!

Tradicionalmente, nuestra provincia está entre las de un alto índice de universitarios; no obstante, un cálculo de hace pocos cursos indicaba que de los alumnos que estudiaban en primaria, el 37 por ciento hacía el bachillerato elemental; un 3,5 por ciento accedía a la enseñanza media superior; pero a la universitaria no llegaban ni un uno por ciento: la cifra era—en 1971—del ocho por mil.

Por otra parte, en toda España, el «boom» de la enseñanza no cesa. El interés progresivo por estudiar hace que aquellos 121.279 universitarios que había en 1965 se multipliquen de curso en curso. Hace cuatro años se decía que en 1975 habría 200.000 universitarios en toda España, pero al comenzar el curso 73-74 ya se barajaban cifras de 300.000 a 350.000, y teniendo en cuenta que el director general de universidades cifraba en «cerca de 100.000 los alumnos a la espera» podemos creer que el total de alumnos en las facultades españolas rondarán ya los 400.000.

Claro que no todos los que «estaban a la espera» habrán podido entrar, porque en 1972 aunque había 70.000 estudiantes en condiciones de entrar, las facultades y escuelas técnicas sólo estaban en condiciones de poder admitir a unos 30.000. Y las recientes cortapisas de la selectividad nos están advirtiendo de que «no hay sitio para todos».

Ni hay espacio, ni hay profesorado suficiente. Porque ha solido darse como cifra óptima un máximo de cuarenta alumnos por profesor, y algunos amigos míos que estudiaban medicina me enseñaron estadísticas de su Facultad en las que en las clases teóricas la media por profesor era de 108 alumnos y en las prácticas de 339.

Por otra parte, el «no hay sitio» para los universitarios no significa «no hay necesidad de graduados». Porque esa misma falta de catedráticos es significativa; porque no hemos alcanzado la cifra de universitarios que hay en otros países; y porque—en algunas profesiones—hasta el más cegato ve que estamos necesitando graduados, estamos necesitando personas preparadas para alcanzar la cota científica que exigen los tiempos actuales. ¡Que se lo digan si no a cualquiera que vaya a la consulta del Seguro de Enfermedad y vea pasar ante él, en media hora, cuarenta o cincuenta pacientes!

Luego, si no hay sitio, *si hay que habilitar centros donde los futuros graduados se preparen adecuadamente, ¿por qué no crearlos allí donde esos estudiantes se encuentran, en vez de trasladar a toda esa juventud a una ciudad monstruosa, como Madrid, donde se hallan el 50 por ciento de los universitarios españoles?*

Hace tres o cuatro cursos, el rector de la Universidad Complutense Botella Llusía, declaraba que «las mejores Universidades son las más pequeñas por su reducido número de alumnos» ya que, según él, cuantos más alumnos, más hay que estirar el presupuesto.

Parece lógico que *una universidad, masificada; a base de clases por circuito cerrado de televisión, donde no existe un control de la eficacia, ni un apoyo complementario que el alumno pueda necesitar en una determinada dirección, no será tan eficaz como una Universidad más localizada, donde, sin prescindir de una base común se tuvieran en cuenta las condiciones en que habrían de desenvolverse los futuros graduados, y fuera posible una especialización, y se pudieran establecer nuevas enseñanzas acomodadas a las condiciones locales; donde hubiera una vinculación del catedrático con el ambiente en que impartiera su enseñanza, donde el alumno pudiera aportar su criterio y su esfuerzo, participando y encarnándose en el aprendizaje de su carrera.*

*Esto sólo puede ser posible desmasificando la Universidad y creando facultades en las diversas regiones. De ellas saldrían graduados y doctores que se quedarían en la propia tierra sin verse obligados a vivir en Madrid o en Barcelona, donde todos venimos a por el pan de la cultura y donde las garras estructurales nos aprisionan.*

¡Cuántas vocaciones, cuántas capacidades se malogran por no tener una oportunidad! En toda nuestra provincia conocemos a cantidad de personas con capacidad y arrestos para estudiar una carrera. Pero no han podido hacerlo. De la inquietud guipuzcoana por el estudio es buena prueba el que al crearse la Universidad Nacional a Distancia, en 1972, se convocó un curso de orientación de acceso a la Universidad para mayores de 25 años e inmediatamente se matricularon 626 aspirantes.

La realidad es que no hay sitio para que todos cuantos desean estudiar lo hagan en Guipúzcoa. Hace unos meses me encontré aquí en Madrid con tres renterianos estudiantes de Arquitectura: Felipe Cámara, Enrique Bengoechea e Iñaki Palacio. Y me decían:

—Antes de venir estábamos encantados: ¡Qué estupendo! ¡Vamos a Madrid! Estudiar... la Facultad... Madrid... Pero vienes aquí y... no es que estemos descontentos pero... ¡ya quisiéramos estar con nuestros amigos de allí! ¡Si hubiéramos podido estudiar en Donosti...!

Llevaban casi un curso y aún no habían podido entrar en la Escuela de Arquitectura. Les exigían seis meses de residencia en Madrid. Se veían obligados a estudiar en un centro privado con buenas facturas a fin de mes. Añade a eso las *10.000 pesetas mensuales del Colegio Mayor. Viajes a casa —aparte gastos de libros y material de dibujo, que en el primer mes fue de cinco mil pesetas—, teniendo en cuenta que la carrera en las condiciones actuales viene a durar unos ocho años... ya se ve que no basta con un millón para mandar a un hijo a estudiar a Madrid.*

Y si llegas, como yo, sin una peseta, has de trabajar todo el día y estudiar por la noche. Y vivir de patrona, y soportar tres horas diarias de transporte para ir al trabajo, y tragarte quintales de aire contaminado cuando estás soñando con darte un paseo por Jaizquíbel. Sin ver la hierba verde más que en la primavera, limitado el horizonte siempre por las rectas de nuevas urbanizaciones, añorando las sinuosidades de nuestras montañas, teniendo a la familia lejos, y a los amigos. Sintiendo el agobio de ser un número más entre los millones de madrileños que llenan las calles, los cines, el Metro, que surgen como hormigas y van a lo suyo.

No seré yo quien reniegue de lo que Madrid me ha dado. Creo que salir, viajar, ver, vivir, es de lo más maravilloso. Pero los años que el estudio te roba lejos de la tierra también echan sus raíces. Hay quien se siente atrapado por la capital. ¿Cómo han llegado aquí los 100.000 a 150.000 vascongados que deben de residir en Madrid? Pasa el tiempo, te desvinculas de tu ambiente, de tus amigos, llega el momento de buscar un trabajo. Aquí lo tienes, allá! no. Dices que quieres volver, lo dices con toda el alma... ¡y ni siquiera te creen!

Si hubiera en Guipúzcoa una Universidad, no andarían por ahí tantos de sus hijos desperdigados.